

ques de guerra y buques de transporte, se elevaron los primeros hasta 1.200 ó 1.300 buques, y los segundos de transporte de 900 á 1.000. A estos buques debían unirse los holandeses al mando del almirante Werhnel, y la escuadra francesa del Mediterráneo, pues Bonaparte creía que á Latouche-Treville le sería fácil burlar la vigilancia inglesa y presentarse en el Canal de la Mancha. Su presencia había de ser la señal de avance sobre Inglaterra.

Francia tenía á la sazón veintinueve navíos en Brest, cinco en Rochefort, cinco en el Ferrol, uno en Cádiz y diez en Tolon. Es decir, un total de cuarenta y dos navíos. Claro está que de poder concentrar esta flota y lanzarla en un momento dado en el Canal, se podían dar á Bonaparte aquellas seis horas que pedía para hacerse dueño del mundo. Pero entre Brest y Rochefort cruzaba el almirante inglés Cornwallis que tenía permanente una división frente á Rochefort, y otra división inglesa estaba sobre el Ferrol. Nelson, por su parte, cruzaba entre las islas Hyeres y Tolon, de modo que no era fácil que los dispersos buques de Francia pudieran reunirse y asegurar el paso de la inmensa flotilla de que hemos hablado áun á costa del sacrificio de 100 barcos y 10.000 hombres.

Daba también esperanzas de éxito lo que había ocurrido á últimos de Setiembre. De Dunkerke habían salido los barcos que allí se habían reunido á la vela y á remos para ir á concentrarse en Boulogne. Formados en dos divisiones avanzaron intrépidamente desafiando á una escuadra inglesa que se presentó para destruirles y á la que obligaron á mantenerse á distancia. Cuando los de Boulogne se enteraron de lo que pasaba hicieron salir al mar una de sus divisiones, y las tres reunidas tomaron puerto con gran sorpresa de los ingleses y no poco entusiasmo de los franceses que ya no desconfiaron del resultado final de la empresa. Este magnífico ensayo dió por resultado que se atrevieran á salir de sus puertos buen número de los barcos en ellos construídos y armados, los cuales se dirigieron á Boulogne costeando, protegidos siempre por las baterías fijas y por las baterías volantes que no dejaban de aparecer en donde se creía necesario. De esta suerte fueron llegando á Boulogne barcos y más barcos, de modo que á últimos de Diciembre de 1803 habíanse concentrado en Boulogne un millar de sus buques con pérdidas insignificantes.

Bonaparte por este tiempo, no pudiendo hacer la guerra en Inglaterra, la hacía en Europa contra los ingleses, esto es, recordando sus aficiones literarias tomaba su pluma de periodista, y se batía denoda-

damente con los periodistas ingleses. Conocidos los tres artículos publicados sobre la ruptura entre Francia é Inglaterra, no debemos ocultarlos, tanto más cuanto contribuyen poderosísimamente á conocer el hombre y el político: Digámoslo desde luego, en sus artículos se ve desde luego al hombre acostumbrado á vencer y á tratar al vencido con toda la altanería del vencedor.

Véase con qué soberano desprecio juzga á la nación inglesa en su artículo del 13 de Octubre de 1803.

«Teníais,—les dice á los ingleses,—la reputación de una nación prudente, pero ¡cuánto no habéis degenerado de vuestros padres! Todos vuestros discursos inspiran en el continente el desprecio de la piedad. Voltaire dijo no sé dónde: «Cuando Augusto bebía, la Polonia se embriagaba.» El estado de enfermedad de vuestro rey se ha comunicado á vuestra nación; jamás pueblo alguno se ha visto arrasado tan de súbito por el espíritu de vértigo que se manifiesta entre los pueblos cuando Dios lo permite.»

Este artículo que acabamos de citar es también notable por las revelaciones políticas que contiene. Después de recordar á los ingleses que hacen la guerra por conservar á Malta, lo que es una deslealtad, y de recordarles que después de seis meses de campaña creen ya necesario un levantamiento en masa para su seguridad, les dice que «ese mismo espíritu de vértigo les hizo responder con insolencia al rey de Prusia, cuando les propuso garantizar el Hannover, si queríais reconocer la independencia de su pabellón, lo que os condujo á un levantamiento en masa en el Hannover. Cuando después se os propuso la Convención de Salzingen, el mismo espíritu dictó vuestra negativa, y con ello el rey de Inglaterra faltó á sus deberes más sagrados, incurriendo en el desprecio de los pueblos del Elba, y dando con ello lugar al gobierno francés de desarmar á 20.000 hombres y de ocupar aquellas provincias hannoverianas que aún le quedaban.

»Cuando visteis el resultado de vuestra conducta inconsiderada, impolítica, inmoral, recurristeis todavía á una medida aún más incalificable; declarasteis en estado de guerra el Elba y el Weser. Con ello ultrajasteis y perjudicasteis á Dinamarca, á Prusia, á Hamburg, á Bremen, quienes, aunque siendo ribereños de dicho río, no tenían nada de común con la ocupación del Hannover.

»Era esta conducta insensata; pero lo que hace que sea inconcebible es, que bloqueando el Elba y el Weser, ejecutáis precisamente lo que los france-

ses deseaban. No hay un negociante, no hay un tenedor de libros de Londres, que no haya calculado el perjuicio que os hacéis á vosotros mismos.»

«En fin, para probar á Francia que debéis quedaros con Malta, la amenazáis con un levantamiento en masa, á fin de comunicarle ese ardor guerrero y esta experiencia que ha adquirido en tantos combates!!! Esas miserables caricaturas hacen reír de compasión á Europa, y en vano se busca el espíritu de esa vieja Inglaterra, tan segura antes en sus consejos, tan sensata y tan constante en sus empresas. La política de vuestros precedentes ministros os ha separado de todos vuestros aliados, ¿era esta la ocasión de mostraros injustos, opresores y violadores de los tratados? ¿Era este el tiempo de querer por la fuerza reunir al comercio exclusivo del Océano el del Mediterráneo, al cual vuestros antecesores, más prudentes que vosotros, habían tenido el buen acuerdo de renunciar? Y cuando hacéis proyectos tan ambiciosos como mal calculados, os alienáis la más bella y la más considerable de vuestras provincias. ¡Habéis reunido su parlamento al vuestro y rehusáis á Irlanda el ejercicio de su religión! Sin embargo, de sobras sabéis que la cosa más sagrada entre los hombres es la conciencia...

»¡De modo que queréis reunir la Irlanda, y no queréis que los irlandeses tengan patria! Inconcebible contradicción que Europa no puede explicar mas que atribuyéndole al espíritu de delirio y de imprevisión que caracterizan vuestros consejos. Sois tal vez, la única nación ilustrada,—la excepción debíamos ser España y Portugal,—«en la que no se ha establecido la tolerancia. Queréis y no queréis; si fuera verdad que los Pitt y los Granville hubiesen abandonado el ministerio porque el rey había faltado á su palabra respecto de los irlandeses, después de haberles prometido la libertad de su religión,—recuérdese que Jorge III no prometió tal cosa sino todo lo contrario,—«sería necesario decir, que esos hombres que han bregado la deshonra de sucederles estaban desprovistos de todo pudor, al acceder á las condiciones impuestas por un príncipe enfermo, sin palabra, y quien, en el siglo que vivimos, ha restablecido las leyes de Nerón y de Domicinia-

no, persiguiendo como ellos á la Iglesia Católica. No, no han encontrado ese ejemplo en vuestra historia; vuestros padres eran más virtuosos, tenían más respeto nacional.

»¿Cuál sera, pues, el destino que os espera? Ciertamente escapa á los cálculos de toda inteligencia humana.

»Sin embargo, ¿sería presuntuoso deciros que el príncipe cuya testarudez y delirio han sido causa de que perdierais América, va ahora á haceros perder la Irlanda, si para vuestro castigo, Dios le conserva todavía por algún tiempo en el trono? El cielo no da á las naciones príncipes viciosos ó locos sino cuando quiere castigar y ahogar su orgullo!»

De modo que, como se ve, Bonaparte cuando no podía manejar su espada, manejaba su pluma contra la fiera rival de Francia y de su engrandecimiento.

Bonaparte lo tenía todo dispuesto para atacar á Inglaterra en la primavera de 1804, pero graves sucesos le impidieron llevar á cabo su resolución.

«Los dos grandes adversarios, el primer Cónsul y el gobierno inglés,—dice Martín,—que había vuelto á la política de Pitt, aún cuando Pitt no dirigía oficialmente el gabinete, empleaban uno contra otro armas secretas al lado de las armas públicas. El gobierno de Bonaparte estaba en correspondencia con los descontentos de Irlanda, y se esforzaba en renovar la insurrección de los irlandeses unidos. El gobierno inglés favorecía y pagaba las conspiraciones de los emigrados, que entonces se reanimaban y concentraban conforme á un nuevo plan.

»Mientras que el pretendiente Luís XVIII vivía bastante retirado en Varsovia, contentándose con observar y esperar, su hermano, el frívolo conde de Artois, muy emprendedor fuera del peligro, estaba en Londres rodeado de todos los hombres ardientes y temerarios que aún continuaban en la emigración. Cualesquiera que fueran sus ilusiones, estas no iban hasta creer en la posibilidad de renovar una nueva guerra de la Vendée. Otra era su idea. No pudiendo hacer en Francia la guerra al gobierno del primer Cónsul, resolvieron hacerla á su persona. Entre ellos había un hombre que había demostrado tanta inteligencia como audacia durante la guerra civil, este hombre era el bretón Jorge Cadoudal. Fué él probablemente quien inspiró el proyecto de reunir en París un grupo de gente determinada, á fin de asaltar en el camino de la Malmaison á Saint-Cloud, al primer Cónsul y á la pequeña escolta de caballería que le acompañaba por lo general. Jorge Cadoudal había siempre protestado contra la acusación que se le ha-

cía de haber sugerido á sus agentes la empresa de la máquina infernal. Este atrevido jefe de chuanes, se picaba de un cierto espíritu caballeresco, era en una especie de combate como él quería, dar muerte al primer Cónsul, y pretendía que uno de los príncipes, el conde de Artois ó su hijo, el duque de Berry, estuviesen á su lado en el momento del conflicto.

»Ahora bien, aún suponiendo que este extraño proyecto tuviera éxito, los que hubiesen muerto á Bonaparte, no habrían conseguido con ello apoderarse de Francia. Era necesario que pensasen en lo que sucedería al otro día. Los conspiradores realistas no podían disimularse que los republicanos serían más fuertes que ellos en París, á menos de que no consiguieran ganar á la causa realista algunos

*Soldats républicains, la patrie, vos regarde, la
la gloire, vous appelle. Les mains de vos frères armés vous
appellent implorant; la gloire vous appelle, la patrie
vous regarde, ~~l'empire est en danger~~ ~~vous êtes devant vous~~
~~un ennemi~~ les représentants de la nation ~~vous~~
francise vous encouragent et vous guident; marchez
frapper; que dans un mois, la peuple français
soit unifié, la liberté affermie, la république triom-
phante, que les tyrans et les esclaves disparaissent
de la terre; qu'il ne reste plus que la justice,
la bonté et la vertu.*

Robespierre

Facsimil del original de una proclama de Robespierre al ejército.—Levantamiento en masa

generales ilustres y algunos hombres considerables en los grandes cuerpos del Estado.

»En esto, un antiguo setembrista llamado Mehe, que había sido comprendido en la lista de proscripción, en ocasión de la máquina infernal, però que había conseguido no ser internado más que en la isla de Olerón, consigue escaparse y se refugia en Inglaterra. Este fué el hombre que sugirió á los emigrados un plan de alianza entre los realistas y los revolucionarios enemigos de Bonaparte.

»Sin embargo, los conspiradores no se dirigieron á los restos de los jacobinos, sino que pusieron su vista más alto. El único general cuya gloria militar se acercaba á la de Bonaparte, Moreau, vivía entonces apartado, descontento, agriado, estando completamente reñido con el primer Cónsul, hasta el punto de deplorar amargamente el haber cooperado en

el 18 brumario. Los emigrados podían disponer en aquel entonces de Pichegru, que se había escapado de la Guyana y refugiado en Inglaterra. Imaginaron, pues, reconciliar á Pichegru con Moreau, y luégo, atraer á Moreau á su partido por medio de la intervención de Pichegru.

»Moreau, de una vida muy pura, sólo había cometido dos faltas; su participación en el 18 brumario, y antes, el retraso que había puesto en comunicar al Directorio las pruebas de la traición de Pichegru. De esta falta no se había arrepentido al igual de la otra. Es un servicio negativo no tener para él mal

*Ces haines vigoureuses
Que doit donner le vice aux âmes vertueuses,*

»Así, cuando hábiles emisarios fueron á hablarle

de Pichegru, pareció olvidar el crimen de ese hombre, para no recordar más que lo obligado que personalmente le estaba: sus servicios militares y su desgracia. Así dijo: que si de él dependía, de muy buena gana contribuiría á abrirle las puertas para que regresase á Francia. Un intrigante, llamado La-

jolais, amplificó y falsificó las conversaciones de Moreau y se las fué á contar á los jefes de la emigración, diciéndoles que Moreau estaba dispuesto á entenderse con Pichegru para atraer á los borbones.

»Los emigrados lo veían ya todo ganado. Hicie-



Facsimil de una estampa popular

ron marchar á Jorge Cadoudal con algunos hombres escogidos para ir á preparar el golpe. Todos los puntos abordables de la costa estaban cuidadosamente guardados. Un brick inglés, de noche, arrojó á Jorge y á sus compañeros al pié del abrupto tajo de Biville, entre Dieppe y Tréport. De lo alto de la roca, les arrojaron los que estaban en el secreto, y allí aguardaban un cable por cuyo medio Jorge y los suyos se izaron audazmente hasta arriba, 21 de Agosto de 1803, logrando entrar en París luégo, sin contratiempo alguno.

»Una vez en París, Jorge, vió que las circunstancias no eran tan favorables como desde Londres

parecían. Así anduvo errante y oculto durante varios meses. Entonces se decidió Pichegru á hacer el mismo viaje, y acompañado de varios jefes de la emigración escaló igualmente el tajo de Biville—16 de Enero de 1804. Habíase convenido de que los príncipes seguirían tan pronto recibieran aviso del marqués de Riviere, uno de los compañeros de viaje de Pichegru.

»La policía conocía en gran parte el complot. El antiguo setembrista Mehe se había puesto á su servicio. Varios de los agentes de la emigración habían sido detenidos, y se les tenía en prisión sin juzgarles, para no despertar sospechas en los otros. Uno